

emperador, tomó inmediatamente el obispo un hábito de monje, y su sobrino Adalberon llevó en público el báculo pastoral. El conocimiento de la verdad no es ciertamente una prerogativa inseparable de la piedad más acendrada. Un gran número de obispos, los cuales no tenían por la mayor parte la misma santidad que Udalrico, se escandalizaron de que su sobrino se atribuyese, contra lo dispuesto por los cánones, los honores del episcopado, viviendo aún el obispo titular. Se examinó el asunto en un Concilio que se celebró en Ingelheim durante el otoño del año 972, y se determinó que Adalberon fuese excluido del obispado si no juraba que se había apoderado de la potestad episcopal por ignorancia ó por inadvertencia y sin ningún desprecio de los cánones. Adalberon se presentó en el Concilio con su tío, é hizo el juramento que se le pedía, después de lo cual propuso Udalrico que consagrasen á su sobrino. Pero los prelados más instruidos le llamaron á parte, y le hablaron en estos términos: «vos que habeis vivido siempre de un modo irreprehensible, que sabeis tan perfectamente los cánones, estais en la obligacion más estrecha de cerrar la puerta á los abusos que pueden resultar, si viviendo un obispo se consagra otro en su lugar.» Después de esto le aseguraron que teniendo Adalberon todas las cualidades que se requerian para obtener el obispado, seria ciertamente su sucesor. Pero la repentina muerte de Adalberon, acaecida en la primavera del año siguiente, fué el desenlace más sencillo de este asunto.

Poco tiempo después murió el emperador Othon, el día 7 de mayo del año 973, que fué el miércoles antes de Pentecostés, en cuyo día había asistido á maitines, á la misa y á visperas, y había hecho las limosnas acostumbradas. Después del *Magnificat* se puso de repente tan malo que lo tuvie-

ron por muerto. Pero se logró que volviese en sí, recibió el Cuerpo y Sangre de nuestro Señor, y espiró tranquilamente luego que le hubo recibido. La sabiduría de su reinado, su vigor, sostenido en cuanto lo permitia el orgullo receloso de los grandes vasallos del imperio, las gloriosas hazañas con que señaló su valor, y sus virtudes imperiales y cristianas le merecieron el renombre de Grande. El día siguiente al de su fallecimiento, su hijo Othon II, que ya había sido coronado emperador por el Papa (967), fué elegido de nuevo por el pueblo, y este le prestó inmediatamente el juramento de fidelidad.

En los dos meses que vivió San Udalrico después del fallecimiento del emperador, hizo muchas oraciones y limosnas por este príncipe. No dejó de celebrar diariamente el santo sacrificio mientras tuvo fuerzas para mantenerse en pie, y cuando ya no podía decir misa hacia que le llevasen á la iglesia para oírla. Luego que acababa de rezar el oficio divino y todo el salterio, se ocupaba en oír leer libros devotos y en hablar de Dios con personas piadosas. Un día empezó á gritar como si despertase de un sueño profundo: «ay de mí! ay de mí! ¡Ojalá no hubiera yo visto jamás á mi sobrino Adalberon! No quieren admitirme en el cielo sin que reciba antes el castigo que merezco por haber condescendido con sus deseos.» El día de San Juan se sintió, como por una especie de milagro, con bastantes fuerzas para ir á la iglesia y celebrar dos misas sin interrupcion. Un domingo; víspera de San Pedro, creyó que había llegado su última hora; se bañó, se puso el hábito que estaba preparado para su entierro, y en esta forma esperó la muerte. Pero vivió hasta el día 4 de julio, en que conociendo que estaba muy próximo á morir, hizo que echasen ceniza en el suelo, estendiéndola en figura de cruz y rociándola con agua bendita, y permane-

ció en ella hasta que espiró. En su sepulcro se hicieron muchos milagros, los cuales fueron examinados en Roma, como también sus virtudes, y por ellos fué colocado solemnemente en el número de los Santos veinte años después de su muerte (993). La bula fué espedita por el Papa Juan XVI, y firmada de este Pontífice, de cinco obispos de las cercanías de Roma, de nueve presbíteros cardenales y de tres diáconos, siendo este el primer acto auténtico que tenemos de una canonización hecha en forma por la Santa Sede.

El Papa Juan XIII había muerto un año antes que San Udalrico, el día 5 ó 6 de setiembre de 972, habiendo ocupado cerca de siete años la Cátedra de San Pedro. Este Pontífice fué el que erigió los arzobispados de Cápua y de Benevento en la parte meridional de Italia, donde hasta entonces no se había conocido más iglesia metropolitana que la de Roma. Los griegos por su parte erigieron en metrópoli la iglesia de Otranto, y el Patriarca de Constantinopla escribió al obispo de esta ciudad nombrándole arzobispo, y dándole facultad para consagrar cinco obispos de nueva creación, así en la Pulla como en la Calabria, donde dominaban los griegos, llegando la rivalidad hasta no permitir que se celebrasen en latín los divinos oficios en ninguna iglesia de estos distritos.

Los desórdenes que afligieron á la Iglesia romana después de la muerte de Juan XIII, aumentaron la aversion y el desprecio, así en los griegos como en los demás enemigos de la santa unidad. El sucesor de Juan fué Benedicto VI, consagrado á fines del año 972. Ocupó la Santa Sede como unos diez y ocho meses, y queriendo conservar los derechos de la Iglesia y del imperio, el sedicioso Crescencio, hijo de la famosa Teodora, se apoderó de Benedicto y le puso en una cárcel, donde, se dice, fué ahogado en el discurso del año 974. Francon, diá-

B. del C., tomo V.—XVII.—HISTORIA ECLESIASTICA

cono de la Iglesia romana, elevado al trono pontificio con el nombre de Bonifacio VII, sea antes de la muerte de Benedicto VI, ó sea después de ella según las varias opiniones de los autores, fué desechado generalmente como Antipapa un mes después de su elección, y huyó á Constantinopla. Entonces se eligió á Dono II, á quien algunos historiadores colocan equivocadamente antes de Benedicto, y aun no falta quien le borre del catálogo de los sucesores de San Pedro; pero el número y la autoridad de los antiguos que le reconocieron por Cabeza de la Iglesia, no permite poner en duda la legitimidad de su título, que solo puede haber sido disputada á causa de la oscuridad de su pontificado, pues no se sabe cosa cierta del tiempo de su elección ni del de su muerte. Su sucesor Benedicto VII, obispo de Sutri y sobrino del famoso patricio Alberico, fué elegido y colocado en el trono pontificio á fines del año 974, ó en el mes de marzo del año siguiente. Su pontificado, que duró como unos ocho años y medio, se concluyó al mismo tiempo que su vida, el día 10 de julio de 983. Le Febvre de S. Marc, en una obra que no puede tacharse de favorable á la Santa Sede (1), pretende que Benedicto VI es el mismo que Benedicto VII, que pasaba por muerto en su prisión, y que habiendo subido de nuevo á la cátedra de San Pedro, fué tenido por los extranjeros por otro Benedicto. Esta opinion es tanto más probable, cuanto que según los autores del *Arte de verificar las fechas*, no nos vienen de los italianos las antiguas listas de los Papas del siglo X. De ahí resultaria que los romanos de aquella época no habrían dejado consumir la muerte de Benedicto VI, de que no hay por otra parte prueba segura.

En medio de estas turbulencias y ca-

(1) *Abregé chronologique de l'histoire d'Italie*, Tomo II.



lamidades de la Iglesia romana, el emperador Othon II y la emperatriz Adelaida su madre, formaron el proyecto de darla por Pastor á San Mayeul de Cluny, á cuyo fin le llamaron y le hicieron grandes instancias para que aceptase el pontificado (974). El santo abad respondió sin deliberar, que queria morir pobre como habia vivido (1). Pero instándole de nuevo el emperador y la emperatriz, y valiéndose ademas de esto del empeño de los obispos y de los grandes, consultó al cielo en la oracion, y respondió despues con un tono que no daba lugar á ninguna esperanza: «ciertamente estoy muy lejos de tener las cualidades convenientes para el régimen de toda la Iglesia; pero soy aun menos á propósito para gobernar á los romanos, porque hay mas diversidad entre sus costumbres y las mias que entre los paises en que hemos nacido.» Esta resistencia, que jamás pudo vencerse en Mayeul, despues de haber sido ineficaz en otros muchos, debe mirarse quizá como el rasgo mas maravilloso de toda su vida.

Poco tiempo despues se vió un efecto muy singular del ascendiente que tenia sobre el jóven emperador. La ambicion de los favoritos y de los aduladores que no podian sufrir la privanza de la emperatriz madre, habia logrado introducir una division tan grande entre ella y Othon, que esta santa princesa se vió obligada á retirarse á Borgoña con el rey Conrado su hermano. Todos los buenos se afligieron con este suceso, y fué tal la pesadumbre que causó á Mayeul que hizo un viage á Pavia con la princesa para hablar al emperador en orden á la novedad ocurrida. El santo abad pintó vivamente á Othon la obligacion que tenia de honrar á su madre á ejemplo del mismo Jesucristo, y los golpes terribles con que

(1) *Vit. per Syr. lib. 3, cap. 8.*

el Autor de la naturaleza venga ordinariamente unos derechos tan sagrados. Enternecido el príncipe y lleno de temor se arrojó á los pies de su madre, la cual le recibió arrodillada, derramando uno y otra copiosas lágrimas, y fué su reconciliacion tan constante como sincera (1). Santa Adelaida vivió todavía mucho tiempo sin apartarse jamás del camino de la virtud, y conduciéndose tan cristianamente en la prosperidad como se habia conducido en las desgracias que habia padecido. Se mostró tan desprendida de la tierra, que sus bienes parecian ser de los pobres y de los siervos de Dios: fué tan amante del bien público, que se la dió el renombre de Madre de los reinos, y fundó tantos monasterios cuantas eran las coronas que poseia su augusta casa. Muger, madre y abuela de los tres primeros emperadores de la linea alemana, llamados todos tres Othones, amó tan constantemente á la Francia su patria, como si nunca hubiera tenido otras conexiones, y vino á morir en el seno de su familia (999) á la provincia de Borgoña, despues de haber enviado unos regalos dignos de su alta esfera y de su piedad á San Benito del Loira, á Cluny y á San Martin de Tours.

San Mayeul murió antes que esta santa princesa, el dia 11 de mayo del año 994 en el priorato de Souvigni, cuatro años despues de haber hecho elegir en su lugar á San Odilon, de la ilustre casa de Merceur en Auvernia. Cuando Mayeul se sintió enfermo, conoció que habia llegado su última hora; miró la muerte con la firmeza que dá á los Santos la magnanimidad cristiana, y consolaba á sus religiosos que lloraban amargamente alrededor de su cama. «Supuesto que me amais, les decia, ¿por qué os aflige mi felicidad? Despues del combate me convida Dios con la corona.» Le pida-

(1) *Vit. per Odil. Bibl. Clun. p. 354.*

ron la bendicion, y se postraron para recibirla. Desde este instante no pensó en otra cosa que en conversar amorosamente con su Dios. «Señor, exclamaba como si ya hubiese gozado de las dulzuras celestiales; ¿cuán amables son vuestros tabernáculos! Vuestro siervo no puede contener la alegría al ver la hermosura de vuestra casa.» Profiriendo estas palabras pasó al descanso eterno.

San Wolfango, obispo de Ratisbona, murió en el mismo año que San Mayeul, el dia último de octubre, en el cual celebra la Iglesia su memoria. La humildad y la dulzura, una conducta prudente, igual y moderada, una modestia tanto mas admirable en la elevacion cuanto era menos ilustre la familia del Santo, pues sus padres apenas eran conocidos en la Suabia; estas fueron, con la profundidad de la doctrina y el talento de la palabra, las cualidades que por espacio de mas de veinte años le hicieron conservar la pureza de las costumbres, asi entre los pueblos como en el clero, y sacar no pocas veces á las almas mas empedernidas en el crimen del miserable estado en que se hallaban.

Por el mismo tiempo se vió en la Bélgica y en la Lombardia el espectáculo de un celo tan diferente de este en sus efectos como en su origen y progresos. Rathier, obispo de Verona y luego de Lieja, abad de San Amando, y luego de Haumont, y por último de Lobés, en donde habia sido monge, ocupando sucesivamente estos varios destinos por una consecuencia de su genio descontentadizo, censuró en todas partes los vicios y errores de que no estaba exento él mismo; enseñó los cánones, en los cuales estaba muy instruido aunque los observaba poco; y sin embargo de que tenia algun mérito y cierta rectitud de intencion, se hizo insufrible á los buenos y á los malos con sus extravagancias, con la aspereza de su genio, con sus discursos y con

sus escritos morlances. Mas hábil para obtener empleos que para conservarlos, logró que se le restableciese dos veces en la silla episcopal de Verona, de la cual fué por último privado para siempre. Publicó contra Baudri, que le fué sustituido en la de Lieja, un escrito tan furioso que se le dió el titulo de *frenesi*, á cuya denominacion suscribió el mismo autor.

Tal era el carácter de este hombre arrebatado, mas digno de ser asociado á los antiguos cínicos por los arranques violentos de su celo que á los sucesores de los Apóstoles. Un dia dió doce escudos á un hombre que le habia estado llenando de injurias por espacio de muchas horas consecutivas. En una obra suya, que se intitula: *Conjeturas sobre el carácter de un quidam*, se deprime neciamente á sí mismo, refiriendo todo lo que le echaban en cara sus enemigos, y manifestando que lo aprobaba. Pero en medio de esta humildad bufonesca se trasluce toda la desvergüenza y presuncion cinica. Veamos cómo hace hablar de él á sus censores (1): «Es un charlatan perpétuo, y tan atrevido en criticar que á nadie perdona. ¿Será extraño que se desaten contra él las lenguas de todos, cuando él ejercita su lengua y su pluma contra todo el mundo? Ha escrito una historia de su tiempo, en que desde el principio hasta el fin habla mal de sí mismo y de todos los demas. Es hijo de un carpintero: ¿y nos admiraremos de que guste tanto de edificar y reparar iglesias? Viste y calza con desaseo; duerme por lo comun en el suelo ó en un banco, convida á comer á toda clase de gentes, y se emplea en cosas bajas y serviles cuando no está metido entre los libros; porque es una especie de salvaje que huye de la sociedad: no va jamás al ejército, y rara vez á la corte; no pide ni da nada á los gran-

(1) *Spicil. tom. 2, pag. 199.*



des: apenas tiene ningun trato con sus iguales y solamente se halla bien en los lugares habitados de los osos.»

Sin duda se debe inferir del carácter de Rathier que sería una necedad tomar al pie de la letra lo que se lee en sus declamaciones contra los desórdenes del clero de Italia: por ejemplo, que apenas se encuentra en aquel país un sugeto digno de ser elegido por obispo ó un obispo digno de imponer las manos al que es elegido; que los clérigos de Roma no se distinguen de los legos sino en que se hacen la barba y se afeitan la parte superior de la cabeza, y que se ocupan en el servicio de Dios á fin de agradar á los hombres. Contradiciéndose Rathier á sí mismo, dice en otro pasaje que en ninguna parte hay mas proporción que en Roma para instruirse, y que nada se ignora allí de lo que puede saberse acerca de los dogmas eclesiásticos. «En aquella ciudad, continúa, han brillado los pastores, los doctores supremos y los príncipes de la Iglesia universal. Allí se dan los decretos pontificios, allí se disciernen los Cánones aprobando unos y reprobando otros, y como lo que allí se anula no tiene fuerza en ninguna parte, en ninguna parte se anula lo que allí se observa.»

En la carta sinódica de Rathier, dirigida al clero de su diócesis, se lee entre otros muchos puntos importantes de instruccion que los sacerdotes no debían conceder la reconciliacion á los penitentes sino segun la medida del poder que se les atribuía por los Cánones: lo que prueba que había casos reservados al obispo. Despues de esto se dice en términos formales que los sacerdotes pueden imponer penitencia por los pecados ocultos, pero en cuanto á los públicos no deben hacer mas que dar cuenta al obispo.

El dogma de la presencia real no puede explicarse con mas claridad que lo ejecuta Rathier en su carta á un eclesiásti-

co llamado Patric. «Siento, le dice (1), que esteis tan poco instruido acerca de un Sacramento que administráis todos los dias. Si engañado por la voz de los sentidos juzgais que es una simple figura, es mas acertado llorar vuestro error que burlarse de él. Creedme, hermano mio; asi como en las bodas de Caná se convirtió el agua en un vino verdadero y no figurativo, asi el vino en la Eucaristia no se convierte en una sangre figurativa sino en verdadera sangre, y el pan se convierte del mismo modo en carne verdadera. Si el color y el sabor os dan á entender otra cosa, acordaos de lo que dice la Escritura, que el hombre fué formado del barro de la tierra, y sin embargo el hombre no tiene la figura de barro, sino solamente su sustancia. Aquí al contrario, aunque el color y el sabor quedan en el misterio como estaban antes, lo que recibis es carne y sangre verdaderas. La curiosidad humana puede muy bien formar objeciones; pero la sabiduría cristiana debe despreciarlas, pues se trata de la fé y de uno de sus artículos que es de los mas misteriosos. Si es un misterio, es imposible comprenderle; y si es un punto de fé, es necesario creerle y no examinarle.» Tal era la profesion de la fé católica aun en el siglo menos instruido y en boca de un prelado cuyo epitafio hecho por él mismo anuncia que no era poco libre (2). Rathier murió en Namur en 974.

Por entonces San Bernardo de Menton, arediano de Aoste, de una de las familias mas ilustres de Savoya, fundaba establecimientos cuya utilidad han reconocido y confesado hasta los mismos impíos. Contristado y afligido al ver la ignorancia de los habitantes de los Alpes, que en su mayor parte eran todavía idolatras, los ilustró y derribó los ídolos que se conservaban todavía en la

(1) *Spicil.* tom. 12, pag. 97.

(2) *Conculcate, pedes hominum, sal infatuatum.*

cumbre de las montañas mas altas. Afligianle tambien los padecimientos que los peregrinos alemanes y franceses tenían que sufrir cuando iban á Roma, y fundó para ellos dos hospederías, célebres por los socorros y auxilios que aun hoy dia reciben allí los viajeros que pasan por el grande ó pequeño San Bernardo. El hombre de Dios llevó tambien la luz de la fé á muchos cantones de la Lombardia, donde logró muchas conversiones, pasando despues á Roma donde consiguió se aprobase el instituto que había formado para el servicio de sus dos hospederías. Regresó luego á los pueblos que él había evangelizado y allí murió en la práctica de ejercicios piadosos y del mas desinteresado celo, á los 85 años de edad. Atendidas sus eminentes virtudes y sus milagros fué canonizado al año siguiente (1009).

En España, combatiendo continuamente los cristianos con los árabes, triunfando unas veces y viéndose otras reducidos al último apuro, conservaban invariablemente el patriotismo y la Religion con ese celo, cuyos triunfos pueden ser retardados, pero no impedidos por los obstáculos y reveses. Ordoño II, hijo de Alfonso el Magno, rey de Oviedo, y que en lugar de este título fué el primero que tomó el de la ciudad de Leon donde estableció su corte; señaló el primer año de su reinado con la conquista de Talavera, de cuya plaza se apoderó por asalto despues de haber destrozado un ejército numeroso de mahometanos. Dos años despues consiguió una victoria todavía mas completa contra el rey Abderraman III. En seguida fué derrotado por este peligroso enemigo en la funesta batalla del valle de Junquera (a), con Sancho, rey de Navarra, al que había ido á socorrer, y que fué el

primero que tomó el título de rey en lugar del de conde. Pero en el mismo año reunió Sancho sus tropas, esperó á las de Abderraman que volvían de una expedicion intentada al otro lado de los Pirineos despues de su victoria, las derrotó y las quitó de un solo golpe el fruto de todos sus anteriores esfuerzos. Ramiro II, hijo de Ordoño, libertó á Madrid de la opresion de los árabes, y consiguió contra Abderraman una victoria en que se dice que hizo pasar á cuchillo ochenta mil infieles (958). Los cristianos creyeron tan firmemente que habían debido este triunfo á la intercesion de Santiago, que desde entonces empezaron los españoles á invocar el nombre de este Apóstol en las batallas, así como los franceses invocaban el de San Dionisio. Ordoño III, hijo de Ramiro, se apoderó de la ciudad de Lisboa (953). Sancho su hermano, primero de este nombre entre los reyes de Leon, el cual le destronó, tuvo muchos disgustos domésticos, y murió en fin envenenado por un caballero á quien acababa de perdonar la vida (a).

(a) En esta sucinta narracion de los asuntos de España omite el autor los dos reinados que mediaron entre Ordoño II y Ramiro II; por manera que segun su relacion, aparece este segundo príncipe inmediato sucesor del primero. Ordoño, de quien ya hablamos en la página 36, murió en Zamora á fines del año 923, ó principios del siguiente. Parecía entonces consecuente que subiese al trono su primogénito, que, segun la mas comun opinion, era don Alfonso, apellidado el *Monge*; pero no fué así (Véase *Ortiz*, lib. 7, c. 2). Ocupólo don Fruela II, hermano de Ordoño, que ya gobernaba en Oviedo; mas su reinado fué de muy corta duracion, pues murió á principios del año 925. «Conforme á los principios, dice Mariana (lib. 2, c. 3), fueron los medios y los acabos; no le duró mucho el poder; reinó solos catorce meses. Señalóse solamente en afrentas, torpeza y crueldad, por lo que le pusieron el nombre de Cruel... Dió muerte á los hijos de un hombre principal llamado Olmundo, cuyo hermano, llamado Fruminio, obispo de Leon, fué forzado á salir en destierro; que por ser persona eclesiástica no quiso el rey poner en él las manos, dado que no era nada escrupuloso ni templado... Sepultóse don Fruela en Leon. Su memoria y fama quedó afada no mas por la enfermedad de lepra de que murió, que por la cobardía de toda su vida y por la rebelion y enagamiento de Castilla que entonces sucedió.» Habíansele rebelado los naturales y negádole la obediencia,

(a) Dijimos ya de esto en la nota de la pag. 37.

(N. del E.)